

¿PUEDEN MORIR LOS DIOS? ALGUNAS RESPUESTAS, DESDE LUCIANO HASTA TORRENTE BALLESTER

María Guadalupe Barandica de Yaya

Cuando se interna uno en la lectura de “El hostal de los dioses amables” de Gonzalo Torrente Ballester resulta inevitable la referencia a dos autores postclásicos ávidos de clasicismo: Luciano de Samósata y el emperador Juliano llamado el Apóstata. La relación entre los autores proviene del interés que muestran por un tema que ha inquietado y aun angustiado a los hombres desde la antigüedad: la existencia de los dioses y su relación con la existencia de los seres humanos.

Nos referiremos en especial a tres obras: *Zeus trágico*, de Luciano; *Himno a Helios*, de Juliano y “El hostal de los dioses amables”. No obstante, se multiplican en la literatura universal las referencias a otros textos y autores que desarrollan contenidos similares, como *Las ruinas circulares* de J. L. Borges, en que el autor argentino plasma la noción gnóstica del pequeño dios creador de mundos imperfectos que se repiten cíclicamente.

Comentaremos estos textos considerando su posible intertextualidad, tomando a Luciano y Torrente Ballester como exponentes situados en los extremos de una línea del tiempo, muy afines en el modo de presentar este tema en el marco de la ficción literaria, a la manera de una broma que le resta importancia a una realidad inquietante. Ambos autores presentan la relación entre hombres y dioses como si tuvieran conciencia de ser meros espectadores, sin riesgo de involucrarse emocionalmente con esa enmarañada materia, lo cual les permite un tratamiento cómico de los personajes y las situaciones en que se encuentran.

Desde una perspectiva diferente considera Juliano el problema de la existencia de los dioses antiguos. Él es un creyente que intenta restaurar la devoción de sus mayores en una época en que otra religión, el cristianismo, ya había sido reconocida por el gobierno imperial.

El Hostal de los Dioses Amables: el proselitismo como medio de supervivencia

Cuando fue publicada esta obra, en 1979, el autor explicó que se trataba de un conjunto de relatos que solía contar a sus amigos, historias recreadas una y otra vez en sucesivas reuniones frente a una taza de café, transformadas, reconstruidas, divertidas y siempre solicitadas por sus oyentes. De la insistencia de esos oyentes para que no se perdieran en el olvido surgió la decisión de poner estos cuentos por escrito y publicarlos. Sin embargo, las expectativas de Torrente Ballester respecto de la calidad de los textos no parecen elevadas; ello se desprende en primer lugar de las palabras del mismo autor en el prólogo de su obra:

De lo que hubieran sido, con un poco de acierto literario, a lo que han llegado a ser hoy media una gran distancia: como que me he limitado a escribirlos sólo para que no se pierdan sus argumentos, como quien dice, sin intención de hacer con ellos obra mayor¹.

En verdad, en el texto parece predominar la intención del registro escrito por encima del deseo de lograr una cuidadosa elaboración literaria. Los personajes son planos, tanto como permite imaginarlos un pobre manual de mitología. De este modo, tanto el parentesco que existe entre los dioses olímpicos como sus atributos individualizadores aparecen alterados respecto de lo que los autores antiguos han señalado acerca de ellos: cada dios se define por un rasgo predominante que parece congelarlo con fatalidad estatuaría².

El texto se inicia con el planteo del problema de la existencia divina:

Sí, el primero que se enteró fue Zeus, aunque bastante tarde, cuando ya no era tiempo de poner un remedio. Sabido es que solía distraerse en aventuras y en otras ocupaciones íntimas que, si contribuían a complicar y a enriquecer de episodios secretos su particular biografía, le apartaban la atención del gobierno del mundo, y, sobre todo, de lo que pudiésemos llamar los intereses específicos de clase (siempre que se entienda como tal la de los dioses), de modo que a estos descuidos y a estos entretenimientos cabe atribuir la condición de causa de que, más tarde y poco a poco, amén de subrepticamente,

fuesen apareciendo dioses y dioscecillos con los que no contaba, los cuales, como se sabe, en un principio no parecían molestarle, pero que, a la larga, se interpusieron en su camino, y aun en su destino, y le causaron abundantes sinsabores, como quizá llegue a verse (o a leerse). [...]Zeus se enteró un buen día, por confidencia de Hermes, y estuvo a punto de no darle importancia³.

Así, pues, los dioses están amenazados desde el comienzo, y el relato muestra el proceso de deterioro paulatino de la comunidad olímpica en general y de los últimos dioses sobrevivientes en particular, reducidos a sombras de lo que solían ser.

Esta impresión de pobreza en la definición de los personajes se refuerza por el hecho que da origen al desarrollo de la historia y justifica su título: en un tiempo que podemos identificar con la actualidad, la existencia de unos pocos dioses (Zeus, Hera, Ares, Atenea, Afrodita, Artemisa, Dioniso y Hermes) depende de la evocación que haga de ellos el último creyente sobre la Tierra, un hombre llamado Patricio. Este hombre ha creado un espacio para alojar a los dioses, el "Hostal de los Dioses Amables", terrestre Olimpo donde vivir con ellos los últimos veinte años de su existencia. Los dioses, que han consultado el Libro del Destino, saben que el plazo ha de cumplirse inexorablemente y que deben utilizar ese tiempo para encontrar a otros hombres que crean en ellos y les permitan continuar existiendo. Sin embargo, se pierden en el tiempo humano y, cuando se cumplen los veinte años, el improvisado intento por convencer a una pareja desesperanzada fracasa y los dioses se desvanecen casi al mismo tiempo que mueren los fallidos conversos. Buena parte de la ineficacia de estos seres divinos parece provenir del conocimiento libresco, incompleto e inflexible que Patricio tiene de ellos, lo cual los priva de armas para garantizar su subsistencia. De todos, sólo Dioniso y Hermes no intentan ganar adeptos:

Sentado, un poco lejos, Díónisos canturreaba: "Ditirambo, Zagreo, Basareo... Ariadna, Alzaia, Erígone... Tracia, Frigia, Egipto..." Pat le trajo de la cocina un grog caliente de ron haitiano y se le arrodilló delante, a escucharle: había amor en su mirada, y en su actitud un sentimiento contenido, como si algo que se escapaba a su voluntad quisiera rebelarse contra lo que sabía próximo. Pero no hay que alarmarse: a lo mejor se trata de una interpretación errónea del que

contempla⁴.

Dioniso permanece al margen de lo que sucede, aparentemente ignorante de su próxima desaparición, aunque al mismo tiempo parece formular un conjuro contra el olvido creando un mundo paralelo con las palabras que evocan su historia.

En cuanto a Hermes, dice el narrador:

De todos los dioses amables, el que no conoció tropiezos fue Hermes, a quien se le ocurrió inventar una sociedad anónima sin nada que vender, ni nada que comprar, ni nada que fabricar; una sociedad anónima que consistía en palabras escritas en papeles, pero de la que pronto se empezó a hablar en la bolsa de la ciudad, y después en muchas bolsas de muchas otras ciudades, y finalmente en todas las del mundo: crecía, multiplicaba las oficinas y los empleados, llegó a constituir una especie de red como de meridianos y paralelos, aunque bastante más tupida, con que enjaulaba al mundo y lo regía, y, a veces, lo oprimía: pero seguía siendo de palabras escritas en papeles, muchas palabras, siempre las mismas, en papeles distintos: como un castillo de naipes inmenso, que cubriese la tierra y que llegase hasta el cielo [...]. Seguía, sin embargo, viviendo en el Hostal de los Dioses Amables y haciendo los recados, aunque a veces, de atareado que estaba, los confiase a cuidado de terceros⁵.

La única razón por la que Hermes organiza esa red planetaria es la necesidad de tener acceso a niveles de poder que le permitan demorar la salida de la cárcel del hombre que ha de asesinar a Patricio. Las palabras son el recurso para lograr este propósito, ahora que se ha desvanecido en esta última etapa humana la omnipotencia de Zeus.

La existencia de los dioses amables depende de encontrar a quien crea en ellos y los ame, haciendo gala de la cualidad que enuncia el nombre de la posada: 'amables'. Sin embargo, aquellos que se relacionan con los humanos para conseguir nuevos fieles omiten revelarles su divina condición, cada cual por sus propias razones. Así por ejemplo, Ares dice:

El hecho de que haya ganado a mis amigos varios cientos de

partidas de ajedrez no me parece razón para exigirles, o, al menos, para esperar de ellos que me tengan por un dios. Cualquier campeón soviético ha ganado tantas partidas como yo⁶.

Y Zeus agrega:

Y cualquier hombre moderno se ha acostado en su vida con tantas chicas como este viejo dios cansado, y no por eso hay que pensar que son dioses⁷.

Por último reflexiona Atenea:

[...]que todo me hace sospechar que nuestro fin se acerca y que no tiene remedio. Esperemos como dioses que somos, si lo somos de veras, que algunas veces lo dudo, que como aquellos condenados a quienes fue dado hacerlo, vivamos hasta el final lo que nos falta vivir con serenidad y con claridad de espíritu. Yo, por mi parte, confieso que en el tiempo que queda me gustaría alcanzar el secreto de los hombres. ¿Qué son, por qué están aquí, por qué son como son? ¿Y qué somos los dioses, ya no te preocupa? Quizá si respondieras, averiguaríamos el secreto de lo que nos aguarda⁸.

La historia se desenvuelve en el plano humano, y esto explica también la simplificación en la forma que adoptan los dioses. Su compleja naturaleza se adecua a la humana y se parecen a esos divinidades antropomórficas que criticaba Jenófanes. Se han invertido los polos: son los dioses quienes se preguntan por la esencia de esos efímeros mortales. En su búsqueda de creyentes, cuando ya el asesino de Patricio se acerca al hostel para cumplir con el destino, Hermes localiza en un parque a dos personas desesperadas: él, un fugitivo de la justicia; ella, una prostituta sin porvenir. Los lleva al Hostel y los dioses les cambian los nombres y la memoria a fin de que el dolor no les impida creer. Los recuerdos que les infunden les aseguran un porvenir gozoso pues les han otorgado el amor del uno por el otro. Apremiados por el tiempo humano que les acerca la muerte, los dioses deciden manifestarles su propósito para que los enamorados crean en su existencia. Habla Hermes:

Os hemos traído a nuestro lado para invitaros a creer, y seguir así viviendo, o como sea el nombre de lo que hacemos. Os hemos mostrado ya unos cuantos prodigios que bastan para que cualquiera nos tome por lo que somos y no por unos señores divertidos. Claro que bien podéis no hacerles caso, como si cosa fueran de magia o de prestidigitación, pero algo es indudable: que antes no os conocíais, y que ahora os hemos juntado; que antes no os amabais, y que ahora os amáis merced al amor que os hemos infundido⁹.

Los jóvenes no les creen. En su corazón y en su memoria está la certeza de que se han conocido desde niños y se han amado desde entonces. Para demostrarles el prodigio que han obrado en ellos, los dioses borran los nuevos recuerdos y hacen aflorar el doloroso pasado. En ese momento se cumplen el plazo y el destino:

[...] Patricio había atravesado la habitación y abría. Lo último que los dioses vieron fue el resplandor de un fognazo: el estampido ya no les llegó a tiempo¹⁰.

Desde su perspectiva humana, los dioses han tratado de comprender el mundo y comprenderse, pero el alcance de su comprensión es limitado y el misterio para ellos queda sin respuesta. No así para los lectores de la historia. Cuando los dioses desaparecen, la última pareja de posibles creyentes se despierta en el mismo parque donde los había localizado Hermes. Tienen sus nombres originales. Cada uno recuerda que esperaba la muerte cuando llegó a ese lugar, pero además, con extrañeza, sienten que se conocen desde antes. Hablan y descubren que han tenido el mismo sueño. Se abrazan y en esa unión cumplen con el legado único que queda de los dioses amables. Después, como una secuencia que repite los actos de sus bienhechores, se preparan para morir:

Ya cantaban los jilgueros, ya correteaban las ardillas, ya llegaba de la calle el comienzo del tráfico. Ella le preguntó: “¿Por qué en el sueño nos llamábamos Elisabeth y Freddy? ¿Quién nos puso esos nombres?” Pero él no le quiso contestar: le había pasado el arrebato, y únicamente sabía que a la salida del parque se le echarían encima las armas y los perros¹¹.

Zeus trágico: la supervivencia mediante el triunfo en la argumentación

Este diálogo, que desarrolla un tema similar al tratado en *Zeus Confundido*, presenta con él varios puntos de contacto. La explicación de esas notables coincidencias estaría en el hecho de que fueron escritos para ser leídos en diferentes ocasiones y lugares, quizás Atenas y Antioquía, lo que justificaría en parte las expresiones reiterativas. Por otra parte, las repeticiones caracterizan también el estilo de otros escritos de este autor.

A semejanza de lo que sucede en “El hostel de los dioses amables”, en *Zeus trágico* es el dios supremo quien convoca a la asamblea de dioses alarmado por el incierto porvenir de la vida olímpica. Zeus explica por qué desea convocar a reunión:

Τιμοκλῆς, ὦ Ἥρα, ὁ Στωϊκὸς καὶ Δάμις ὁ Ἐπικούρειος χθές, οὐκ οἶδα ὅθεν σφίσιν ἀρξαμένου τοῦ λόγου, προνοίας πέρι διελεγέσθην παρόντων μάλα συχνῶν καὶ δοκιμῶν ἀνθρώπων, ὅπερ μάλιστα ἠνίασέ με· καὶ ὁ μὲν Δάμις οὐδ’ εἶναι θεοὺς ἔφασκεν, οὐχ ὅπως τὰ γινόμενα ἐπισκοπεῖν ἢ διατάττειν, ὁ Τιμοκλῆς δὲ ὁ βέλτιστος ἐπειρᾶτο συναγωνίζεσθαι ἡμῖν εἶτα ὄχλου πολλοῦ ἐπιρρυέντος οὐδὲν πέρας ἐγένετο τῆς συνουσίας· διελύθησαν γὰρ εἰσαύθις ἐπισκέψεσθαι τὰ λοιπὰ συνθέμενοι, καὶ νῦν μετέωροι πάντες εἰσίν, ὁπότερος κρατήσῃ καὶ ἀληθέστερα δόξει λέγειν. ὁρᾶτε τὸν κίνδυνον, ὡς ἐν στενῷ παντάπασι τὰ ἡμέτερα, ἐν ἐνὶ ἀνδρὶ κινδυνευόμενα; καὶ δυοῖν θάτερον ἢ παρεῶσθαι ἀνάγκη, ὀνόματα μόνον εἶναι δόξαντας, ἢ τιμᾶσθαι ὥσπερ πρὸ τοῦ, ἦν ὁ Τιμοκλῆς ὑπέρσχη λέγων.

(Ayer Timocles, el estoico, Hera, y Damis el epicúreo - no sé a partir de qué se originó la discusión- discutieron acerca de la providencia estando presentes una gran cantidad de hombres; precisamente esto fue lo que más me molestó. Damis aseveraba que los

dioses ni existen, ni prevén u ordenan lo que sucede; por su parte el excelente Timocles intentaba defendernos. Después una gran multitud se reunió y no pudieron terminar. Se dispersaron después de acordar que terminarían la discusión otro día, y ahora todos están expectantes por saber cuál de los dos vencerá y parecerá decir más verdades. ¿Ven ustedes el peligro, que estamos en una situación angustiosa, pues dependemos de un solo hombre? Y necesariamente ha de ocurrir una de dos cosas: que seamos empujados a un lado si concluyen que somos solo nombres, o seamos honrados como antes si Timocles domina con su argumento)¹².

No se plantea la muerte o desaparición de los dioses como alternativa posible, pero sí una existencia en sombras, semejante a la de los muertos que vagan por el reino de Hades ya que, sin contar con los honores que los hombres les solían brindar, los inmortales parecerán no existir realmente. El debilitamiento en el lazo ritual entre hombres y dioses ya se está cumpliendo, según lo testimonia Zeus cuando refiere la conducta mezquina de Mnesiteo, quien en honor de dieciséis dioses ha sacrificado un solo gallo, viejo y enfermo, y cuatro granos de incienso enmohecidos¹³.

Ante tan oscuro porvenir y sin hallar una solución satisfactoria, Zeus decide convocar a asamblea de dioses. Para ello requiere la actuación de Hermes, su mensajero. Dos dificultades se le presentan al ilustre heraldo: cómo hacerse entender por toda la comunidad divina, considerando que se han incorporado numerosos dioses forasteros de extraños lenguajes, y cómo ubicarlos para que participen de la reunión, por sus méritos o por el valor del material con que han sido hechas las imágenes de culto. Hermes debe recurrir a su ingenio para poder resolver ambas dificultades: ubica a las divinidades según su valor material pero no su mérito o devoción por parte de los creyentes- las imágenes de los extranjeros están hechas de oro y marfil, las de los griegos son de madera- y para que lo puedan entender todos –hay tracios, frigios, celtas, escitas- recurre a gestos y ademanes¹⁴.

Una clave para la comprensión de esta obra es la ironía, que nos sale al encuentro desde el mismo título. En efecto, el diálogo todo constituye la parodia de una representación dramática cuyos actores son los hombres, Damis y Timocles, y sus espectadores, los dioses. El autor de la obra es supuestamente Zeus trágico (τρᾶγῶδός). Curiosamente, y allí reside la ironía, los actores no se ajustarán a un plan que Zeus haya ideado, con lo que el argumento en contra

de su providencia queda demostrado, aunque los hombres que participan en la discusión lo ignoren. Los dioses, por su parte, quedan excluidos de toda intervención pues están fuera del escenario. De los dos planos involucrados en el desarrollo de este diálogo, es el humano el que determina la suerte del divino.

En este caso, la existencia que los dioses han conocido hasta entonces depende de un argumento, de convencer al auditorio de que los dioses existen y además pueden actuar y afectar la vida de los hombres. Es una muestra del poder de la palabra creadora, que instala la realidad que predica.

Damis finalmente vence a Timocles. Si ha ganado con un argumento basta con no admitirlo para restarle fuerza. Por ello, Hermes hace suyas las palabras de Menandro:

Οὐδὲν πέπονθας δεινόν, ἂν μὴ προσποιῆ

(Nada terrible has padecido a menos que lo admitas)¹⁵

Juliano: la supervivencia divina mediante la política

Juliano fue el equivalente histórico del personaje de Patricio. Él se propuso restituir a los dioses antiguos su perdido esplendor, recuperar para ellos la piedad masiva que en esos días se había volcado ya hacia una nueva religión, el cristianismo, que contaba además con el reconocimiento oficial de los emperadores precedentes. Para lograr su propósito Juliano ideó un vasto programa político que incluía modificaciones no sólo en el área específica del culto asociado a la práctica en los templos, sino en la educación, pues estaba convencido de que la formación clásica, nutrida durante siglos con los textos homéricos como punto de partida, permitía al hombre alcanzar la excelencia.

Φύσεως δὲ ἔχων εὖ καὶ τὰς ἐκ τούτων προσλαχῶν
παιδείας ἀτεχνῶς γίνεται τῶν θεῶν τοῖς ἀνθρώποις
δῶρον.

(Pero cuando alguien bueno por naturaleza experimenta la

educación a partir de estos textos clásicos se convierte naturalmente en un regalo de los dioses para los hombres)¹⁶

Por ello ideó un vasto programa que se centraba en la *paideia*. Así, además de continuar con medidas que provenían de los tiempos de Marco Aurelio, como los concursos a que debían someterse los aspirantes a ejercer la docencia pública, inició otras que tendrían aplicación con ligeras variaciones hasta nuestros días. Tal es el caso de la ley del año 362. Dice al respecto Marrou:

El texto mismo de la ley hablaba simplemente de someter el ejercicio de la profesión pedagógica a la autorización previa de los municipios y a la sanción imperial, so pretexto de asegurar la competencia y la moralidad del personal docente. Pero lo cierto es que, por una circular anexa, Juliano precisaba qué debía entenderse por moralidad. A los cristianos que explican a Homero o a Hesíodo sin creer en los dioses que estos poetas colocan en la escena, se los acusa de falta de franqueza y honestidad, pues están enseñando algo en que no creen. Se los conmina a que apostaten, o que abandonen la enseñanza.

Puede afirmarse, sin paradoja, que Juliano creó con esta disposición la primera escuela confesional, investida de una misión de propaganda religiosa¹⁷.

Juliano nació en el 331 en Constantinopla¹⁸, hijo de Julio Constancio, hermanastro de Constantino el Grande. Tenía solo seis años cuando una intriga de palacio terminó con los asesinatos de su padre, el hermano mayor y algunos otros familiares. Constancio II, hijo de Constantino, se hizo cargo de la tutela de Juliano, quien debió crecer en el exilio, acompañado sólo de sus pedagogos, primero el eunuco Mardonio, quien lo educó en el conocimiento de las letras griegas y latinas; y posteriormente, bajo la tutela de Jorge, futuro obispo de Alejandría, quien lo instruyó en la teología cristiana.

A los 17 años le fue permitido retornar a la ciudad natal, donde estudió con uno de los gramáticos más famosos, Nicocles, seguidor de la fe helénica quien lo acercó al neoplatonismo. Tres años después el joven príncipe fue enviado a Nicomedia, donde enseñaba Libanio, el campeón del helenismo. Posteriormente se relacionó con seguidores de Jámblico y, en Éfeso, conoció a Máximo, el filósofo experto en teurgia, al cual quedaría ligado toda la vida.

En 355 por intercesión de la emperatriz Eusebia Juliano fue enviado a Atenas, a la que él sentía como una patria añorada, donde frecuentó al rétor cristiano Proeresio y al filósofo Prisco, pagano y neoplatónico. Allí encontró a Gregorio Nacianceno y a Basilio.

Pocos meses después, llamado a Milán por el emperador, fue inesperadamente proclamado César en reemplazo de su hermano Gallo, asesinado por voluntad de Constancio, y le fue asignada una misión militar de cierta importancia: restablecer en Galia el orden turbado por las invasiones germánicas. El joven que hasta entonces sólo había dedicado sus energías a la vida filosófica, demostró capacidad tanto en el campo militar como en el político; Constancio, por su parte, le concedió la mano de su hermana para cimentar su relación. En esas difíciles circunstancias fue fundamental para el joven César la protección de Eusebia, con quien compartía el amor por las letras. Al emperador y a su esposa están dirigidas los primeros escritos públicos de Juliano en la forma de panegírico.

Por otra parte, la exitosa campaña de Juliano en la Galia causó celos en Constancio quien, con la excusa de reforzar el frente persa en enero del 360, ordenó al César enviarle una parte considerable de su ejército. La amarga perspectiva de tener que abandonar su patria, así como la estima por su general, llevó a los soldados a la rebelión y finalmente, a pesar de la resistencia de Juliano, lo proclamaron emperador.

Era inevitable el enfrentamiento y Juliano se había puesto en marcha contra el enemigo cuando repentinamente llegó la noticia de la muerte del emperador en Cilicia en noviembre de 361.

De hecho, sin embargo, desde el comienzo de su reinado manifestó un clamoroso gesto de ruptura con la tradición constantiniana, proclamándose pagano y declarando oficialmente que quería restaurar el culto a los antiguos dioses helénicos.

Con su muerte, ocurrida en el año 363 durante la campaña contra los persas, se desvaneció el 'hostal' que intentaba construir para los dioses antiguos.

Curiosamente, aunque intentó imponer el culto de sus antepasados helénicos, terminó demostrando que la vida de los dioses tiene que ver con la devoción espontánea, no impuesta, de los creyentes. Es esa devoción popular lo que da vida perdurable a los dioses. Un solo hombre poderoso puede crear un culto e intentar que se extienda a lo largo de su vida, pero si quiere imponerlo

a los demás, ese culto ha de morir con él¹⁹.

En el Himno a Helios había dicho Juliano:

ἀλλ' ἔμοιγε τούτου παρασταίη βοηθὸς ὁ τε λόγιος
Ἑρμῆς ξὺν ταῖς Μούσαις ὁ τε Μουσηγέτης
Ἀπόλλων, ἐπεὶ καὶ αὐτῷ προσήκει τῶν λόγων, καὶ
δοῖεν δὲ εἰπεῖν ὅποσα τοῖς θεοῖς φίλα λέγεσθαι τε
καὶ πιστεῦσθαι περὶ αὐτῶν.

(Pero en cuanto a mí, que Hermes, el dios de la elocuencia permanezca a mi lado y me ayude, y las Musas y Apolo, el que las guía, pues también le son propios los discursos, me concedan decir cuanto se deba decir y creer acerca de ellos.)²⁰

A modo de conclusión

Se han considerado tres modos de enfrentar la terrible experiencia de la muerte de los dioses antiguos. Terrible, porque una condición que diferencia a los dioses de los hombres es su inmortalidad. Si los dioses perecen, ¿qué queda para los débiles mortales?

Hemos hablado de G. Torrente Ballester y Luciano, dos autores que comparten una visión crítica y mordaz acerca del mundo en que viven y que eligen un acercamiento cómico al problema de la mortalidad de lo que no puede morir, con la consecuente confinación del ser humano a un plano sin trascendencia. La tercera perspectiva corresponde a Juliano, quien quiso revertir desde su posición de gobernante un proceso que se estaba cumpliendo inexorablemente.

Faltaba en los tres la única condición para que esas divinidades siguieran formando parte de la vida de los hombres: el amor a los dioses. Por eso los recursos empleados para mantenerlos con vida, conseguir nuevos fieles mediante prodigios, convencerlos mediante argumentos o imponerles la antigua devoción, son estériles y están condenados al fracaso.

NOTAS

1 G. TORRENTE BALLESTER. "El hostal de los dioses amables", en *Las sombras recobradas*. Barcelona, Planeta, 1985, p.6.

2 Zeus y Hera son los padres de los demás, forman un matrimonio burgués de cuyo tedio escapan, uno seduciendo colegialas y la otra formando parte del Ejército de Salvación; Afrodita se convierte en amante de un joven policía que se ufana de sus conquistas ya que ella cambia de apariencia para complacerlo; Atenea es profesora en un colegio de señoritas y con el tiempo llega a ser su directora; Artemisa es una adolescente campeona en los deportes, perturbada por confusos recuerdos de Endymión; Ares asume la personalidad de un militar retirado, invencible ajedrecista que destaca también por sus conocimientos sobre estrategia y armas; Dioniso es un ebrio que repite un monólogo en el que evoca a los antiguos dioses; Hermes es el que mantiene a los otros informados, los asesora para que puedan funcionar en el mundo y el tiempo de los hombres.

3 G. TORRENTE BALLESTER. *Op.cit.*, p. 279.

4 Ídem. *Op. cit.*, p. 322.

5 Ídem. *Op. cit.*, pp. 317-318.

6 Ídem. *Op. cit.*, p. 321.

7 Ídem. *Ibidem*.

8 Ídem. *Ibidem*.

9 Ídem. *Op. cit.*, p. 341.

10 Ídem. *Op. cit.*, p. 342.

11 Ídem. *Op. cit.*, p. 343.

12 LUCIANO. *Zeus trágico*, 4.

13 Esta referencia a la pobreza de los sacrificios recuerda también la que padecen los dioses en *Las Aves* de Aristófanes después de la construcción de Nefelococigia.

14 Es grotesco imaginar a Hermes, el mensajero de los dioses que obtuvo de Zeus el don de la comunicación con los hombres, reducido a patético mimo que gesticula para hacerse entender, en una negación absoluta de las ingeniosas argumentaciones que lo han caracterizado a lo largo de su historia mítica. Esto muestra también el deterioro del poder en el panteón olímpico.

15 LUCIANO. *Op. cit.*, 53.

16 JULIANO. *Contra los galileos*, 229 E. En este texto Juliano llama a los cristianos "galileos" con el fin de señalar su condición local y limitada. Contrapone el carácter particular (μεριχός), exclusivo, del dios de los hebreos al universal de los dioses helénicos.

17 MARROU, H. *Historia de la educación en la antigüedad*. Madrid, Akal, 1985, p. 415.

18 Más datos biográficos y bibliográficos sobre Juliano en el capítulo de Dina Micalella "Giuliano imperatore", en: *Storia della Civiltà Letteraria Greca e Latina*, diretta da Italo Lana ed Enrico V. Maltese. Volume Terzo. Torino, Utet, 1998, pp. 460-465.

19 Un ejemplo egipcio de este intento por imponer desde el poder la devoción está en Amenhotep IV, conocido como Akenatón, quien reinó en el siglo XIV a. C.

20 JULIANO. *Himno a Helios*, 132 AB